

SERGE TISSERON

Psiquiatra, psicoanalista francés. Medalla de Caballero de La Legión de honor por su trayectoria profesional



Está considerado por la prensa francesa como un intelectual ecléctico, transdisciplinario, inclasificable y visionario.

Serge Tisseron, médico psiquiatra, psicoanalista y doctor en psicología. Miembro de la Academia de las Tecnologías, es también dibujante y fotógrafo. Sus investigaciones se dirigen actualmente hacia los trastornos psíquicos y sociales llevados a cabo por las tecnologías numéricas y robóticas.

En 2013 creó el Instituto para el Estudio de la relación Hombre – Robot.

En 2019 recibe la medalla del Estado francés de Caballero de La Legión de honor, concedida por su carrera profesional. El homenaje tuvo lugar en La Biblioteca Nacional de Francia (BNF) a la que donó sus archivos.

Serge Tisseron, desde la presentación de su tesis de medicina en 1975, en forma de cómic, se dirigió a demostrar que las imágenes son una forma de simbolización del mundo, al mismo nivel que el lenguaje hablado o escrito.

En 1985 publicó un libro llamado *Tintín en el psicoanálisis*, dedicado al estudio de los álbumes de Tintín, donde descubrió una serie de secretos escondidos que eran del autor del cómic, Hergé. En 1987 se confirman las hipótesis de los secretos que Tisseron había encontrado.

Después trabajará en relación a las imágenes y construirá la regla 3/6/9/12, donde da pautas a los padres para que los niños puedan utilizar las pantallas, aprendan a usarlas y prescindir de ellas. Tisseron aconseja a los padres que hablen mucho con los niños para poner palabras sobre las experiencias que van adquiriendo. Opina que dar pantallas a los niños antes de los tres años es una catástrofe, porque en los primeros años de la vida, sobre todo de 0 a 3 años, el niño necesita un entorno humano que acompa-

ñe las adquisiciones, ya que está dotado con una gran capacidad de aprendizaje y de adaptación; por eso, en 2006, lanzó el eslogan de 'Ninguna pantalla antes de los 3 años'.

El Juego de las tres figuras. Tisseron lo concibió como una medida de protección sobre el uso de las pantallas: "Demasiadas pantallas contrarían el aprendizaje de la mímica, del lenguaje, del juego corporal y la actividad del cuerpo". Este juego ayuda a desarrollar estos aprendizajes inhibidos por el uso de las pantallas precocemente. Se trata de una actividad teatral concebida alrededor de tres figuras: el agresor, la víctima y un tercero, que puede ser un simple testigo, que hace el ajuste de cuentas o hace de salvador. Para aplicar esta metodología, eminentemente dirigida a los profesores, es necesario seguir una formación, ya que se aplica en la escuela, desde infantil hasta sexto curso, y es muy apropiada para trabajar el acoso escolar a través de este juego de rol.

Serge Tisseron con María Elena Gayán



¿Cómo se presentaría a nuestros lectores?

Me definiría como una persona curiosa a la que le gusta aprender cosas. Hice dos análisis psicoanalíticos personales, en principio para conocerme a mí mismo y para aplicarme los conceptos y lo que yo descubría; por otra parte, yo era curioso por conocer la evolución del mundo, en el sentido de que los pacientes viven en un mundo con un cambio muy rápido, y creo que es necesario conocer dónde los pacientes evolucionan para ser capaz de comprender sus preocupaciones, pasiones y penas. Me interesé por el funcionamiento de los humanos entre ellos y la relación de su psique con el contexto material. He continuado interesándome por la relación con los objetos tecnológicos que empezaron a aparecer en el año 2000. Ahora me intereso por la realidad virtual, por la robótica. Soy experto en la Agencia Nacional de Seguridad Sanitaria para la Realidad Virtual y soy a menudo invitado a coloquios de robótica para hablar de la relación que tenemos ya con los objetos automáticos.

Usted ha escrito libros sobre los secretos familiares. En general, la gente tiene miedo de desvelarlos y no quieren hablar de ellos. ¿Nos puede explicar los efectos negativos para el desarrollo psíquico?

Un secreto no es una cosa que no se dice, sino algo de lo que se está prohibido saber porque normalmente recubre una situación traumática mal elaborada; lo que se dice ahora "estrés post traumático". La mayor parte de secretos lo contienen. Muchas veces, los secretos están



"Encontrar las emociones es encontrar la vida"

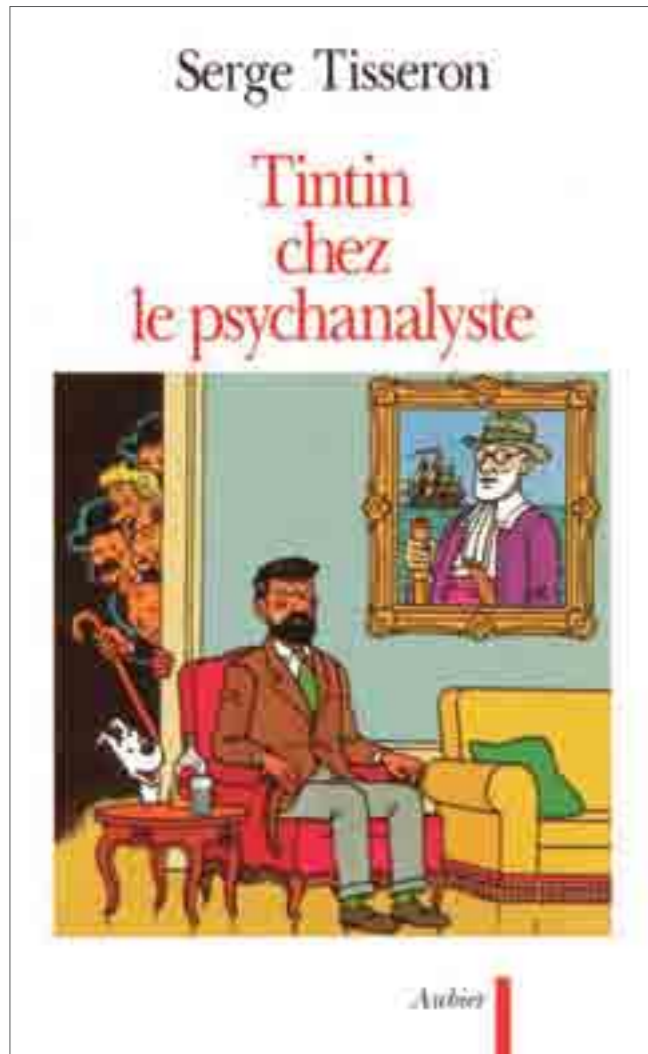


enquistados y existe el riesgo de que un pequeño acontecimiento reactive un gran traumatismo: alguien que ha vivido una inundación catastrófica, el hecho de que la bañera o el lavabo se desborde puede reavivar su traumatismo.

Cuando el padre o la madre vive en un secreto que no ha sido elaborado, el niño vivirá en un clima de una gran inseguridad, y temerá hacer algo que vaya a hacer llorar al padre o a la madre o hacerles sufrir; después, el niño tendrá dificultades para trabajar en la escuela o sentirse bien en la vida, porque el niño presiente que algo terrible ha vivido el padre; el niño pensará que el padre tapa algo de lo que tiene vergüenza, el niño se culpabiliza y creará que ha nacido de alguien que ha hecho algo terrible y tendrá vergüenza y es por eso que no habla.

Con todo esto quiero decir que tapar un secreto corre el riesgo de que los niños imaginen cosas peores de lo que ha pasado.

Es necesario hablar lo más pronto posible a los niños, para ello es preciso comenzar a hablar a alguien: hablar a un amigo, a su marido, a su mujer, a un psicoterapeuta... cuando se ha hablado de su secreto, después es más fácil contestar a las preguntas que el niño hace.



En su libro habla de su infancia, de la relación con sus padres, con su familia. También habla de sus secretos familiares y de esta emoción que es la vergüenza. ¿Nos puede hablar de ella y de los efectos en la vida de una persona?

Es una emoción que no hay que confundir con el pudor, ni la culpabilidad; el pudor es una emoción por la cual uno se protege de la mirada del otro, refuerza la estima de sí mismo.

La culpabilidad es el miedo que tenemos a perder la estima de los demás. Cuando cometemos una falta tememos que la gente no nos ame; ese es el miedo del niño a que los padres no lo amen, si ha hecho una tontería. Sin embargo, la sociedad está organizada tanto para los niños como para los adultos, de tal manera que podemos reparar. Así pues, la culpabilidad se repara pagando la deuda: los adultos van a prisión o pagamos una multa, los niños pueden estar privados de tele o de la Tablet si han cometido una falta. Así pues, hay un modo de empleo para gestionar la culpa. En el caso de la vergüenza, no hay modo de empleo. No solo se pierde el afecto de los que nos rodean, sino que también toda la manifestación de interés de todo el género humano. Nos sentimos marginados, condenados al ostracismo. En la antigüedad, la gente que había cometido una falta podía ir donde quisiera, pero no se les podía dar de comer o beber... la angustia que hay detrás de la vergüenza es de no poder existir más. Esta forma de angustia no se acompaña de ninguna reparación posible, se tiene la sensación de no poder aparecer nunca más en público, y a veces la gente se suicida.

En el último libro que usted ha escrito, 'Mort d'honte. Sauvé par la BD' (Muerto de vergüenza. Salvado por los cómics), usted explica que el dibujo lo salvó de ese sentimiento de vergüenza.

Yo tenía una madre que pasaba por momentos de enfermedad mental, momentos de locura... eran situaciones dolorosas, nadie había puesto palabras sobre su comportamiento. Nadie me dijo que mi madre estaba loca; cuando yo pude decir que estaba loca, ellos me lo confirmaron.

No podía poner palabras en esa situación. Dibujé situaciones donde había enfermos, locos; situaciones extremas y, de golpe, yo ponía mi mundo interior sobre el papel y dibujaba historias y, dibujándolas, ponía distancia, y así me construía mi propia historia. Para hablar tiene que haber un interlocutor, no se puede hablar si nadie te escucha, pero sí que se puede dibujar. Al dibujar, es el papel que recibe la confianza, usted puede escribir su historia, pero para un niño, es horrible encontrar las palabras para decir eso, pero sí que puede dibujar. Yo me di cuenta de lo que le pasaba a mi madre a los 20 años, cuando vi los dibujos que yo hacía.

Es importante la idea de tomar distancia de las situaciones, para poder dar una representación personal y, la primera representación personal, la primera simbolización como dicen los *psi*, son las imágenes.



¿La vergüenza se puede transmitir de padres a hijos e, incluso, de los antepasados si ellos no se han trabajado?

Sí, también puede haber vergüenza que atraviesa las generaciones, de hecho, podemos retomar la vergüenza que tenía un familiar porque hemos sido testigo de ello.

Es importante saber que ninguna vergüenza prueba nada; que uno tenga vergüenza no significa que forzosamente uno ha hecho algo vergonzoso. Es necesario comprender dos cosas: Primero en la familia y preguntarse: ¿Qué ha hecho la familia para que yo sienta vergüenza? Segundo: Cuando se ha sentido vergüenza por la presión social, ¿por qué he tenido vergüenza? ¿Qué ha pasado?

¿Cómo se sale de la vergüenza? ¿Cómo hacer para superarla?

Yo propongo tres fases:

Nombrar la vergüenza para superarla.

Reencontrar las emociones que acompañan a la vergüenza: angustia, tristeza, cólera, amargura... que la vergüenza ha extinguido y, a partir de ellas, reconstruir lo que ha sido destruido. La vergüenza mata las otras emociones y alimenta y cultiva la rabia. Encontrar las emociones es encontrar la vida.

Superar la vergüenza viendo como positivo ese momento en que nos hemos dado cuenta de ella y utilizarla como palanca para evolucionar y así estar orgullosos de esa vergüenza que nos vuelve a afiliar con la comunidad. A veces se pueden integrar en un grupo de personas que haya vivido situaciones parecidas, para ayudarles a superar la vergüenza, así como hay grupos de alcohólicos anónimos.

¿El psicoanálisis le ha ayudado a superar las dificultades que ha encontrado en su vida?

Pienso que no, más bien ha sido el deseo del psicoanalista lo que me ha ayudado.

Fue el segundo psicoanalista al que me dirigí, el doctor Didier Anzieu, el que me ayudó; tenía una gran personalidad. Era un psicoanalista particular, una persona excelente, muy afectiva. Él comprendió enseguida que yo tenía una madre loca y se estableció rápidamente una complicidad, una resonancia. La madre de Anzieu también estaba loca y fue tratada por el psicoanalista Lacan, que más tarde escribiría una tesis sobre este caso llamado *El caso Aimée o la paranoia del autocastigo*.

Anzieu nunca hizo interpretaciones y yo con mis pacientes no hago tampoco, es importante entre el terapeuta y el paciente encontrar el punto de resonancia, de empatía, donde se reconoce en lo que el otro vive.

Lo importante es que el paciente se sienta acompañado en su sufrimiento, no hablar por hablar. Cuando el paciente se encuentra seguro, se puede abordar zonas oscuras que antes no habían sido abordadas.

Le damos las gracias al doctor Serge Tisseron por su amabilidad y generosidad en ofrecernos esta espléndida entrevista en exclusiva para la revista ENKI.

María Elena Gayán

Psicóloga Clínica. Miembro de la Asociación internacional de psicoanálisis de pareja y familia AIPCF





VIOLACIÓN DE MENORES

“El deseo puede existir, pero eso no cambia en nada de lo que está permitido o prohibido”

Cuando pregunto a Serge Tisseron su opinión respecto a la violación de un menor por un adulto, me envía a que lea su artículo aparecido en el periódico francés *Le Monde* el mismo día que hacemos esta entrevista, titulado: *Le désir peut exister, mais cela ne change rien à ce qui est permis et défendu (El deseo puede existir, pero eso no cambia en nada de lo que está permitido o prohibido)*.

Según Tisseron, pensar la situación de un niño que está confrontado a la perversidad de un adulto seductor, no podría llevarnos más que a dos opciones:

-Ya sea porque el niño está arrastrado por un adulto a tener un deseo sexual.

-Ya sea porque el niño está en espera de ternura, como lo ha demostrado ampliamente durante su vida, el psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi, incluso Freud; y es el adulto el que pretende responder a lo que espera el niño imponiéndole en realidad sus propios deseos de una manera traumática.

No sabemos, explica Tisseron, lo que pasa por la cabeza de un niño, pero, aunque el niño deseara un “intercambio sexual”, no es eso lo que tendremos que tener en cuenta, pues salvo que haya sido el niño abusado anteriormente, el “intercambio sexual” no lo quiere. De la misma manera que “desear” y “hacer” son dos cosas muy diferentes (-la justicia no condena a alguien por lo que dice sino por sus actos-).

También para Tisseron es diferente “desear” que “querer”, y pone el siguiente ejemplo: “Yo puedo desear tirarme desde un paracaídas, pero, por otra parte, no querría, porque estoy convencido de que me puedo romper el cuello”. Esta intuición que tenemos es lo que nos hace decir a veces que “no queremos”, y también es lo que sin embargo nos hace decir a veces: que queremos y no queremos al mismo tiempo. Esta formulación es ambigua porque se tiene el riesgo de hacernos creer que se trata de dos deseos opuestos e, incluso, de un deseo y a la vez de la prohibición asociada al deseo.

La situación del abuso no es solo particular de las relaciones entre adultos y niños. Es lo mismo entre dos adultos. Una mujer, por ejemplo, puede desear una relación sexual con un hombre y al mismo tiempo, no quererla, por razones ligadas al momento, ya sea porque no quiere atarse o a sus preocupaciones narcisistas. Pero si esta distinción no está claramente explicitada para ella, corre el riesgo de pensar que quiere y no quiere al mismo tiempo. Si intenta formular las cosas así, puede pasar, en el mejor de los casos, por una persona ambivalente y, en el peor, por una “histérica que no sabe lo que quiere”. Esta confusión interior puede ser dramática y conducir a una violación, y el agresor podrá decir que para él no era una violación.

Si nosotros introducimos la distinción entre “desear” y “querer”, podemos afirmar que esta mujer ha podido desear esta relación y a la vez no quererla, que es su palabra la que debe estar por encima de su deseo. De ahí el eslogan de que “cuando una mujer dice no, ella dice no”.

En el niño, las cosas son más complicadas todavía. El niño no tiene, como las personas mayores, los medios psíquicos de rechazar la invitación; no solo porque se siente obligado de obedecer al adulto, sino porque en el niño los procesos secundarios, y las defensas psíquicas, son muy frágiles en él.

El perverso quiere olvidar esto, y es lo que le puede hacer más convincente: percibe el deseo de la víctima y enarbolaba este deseo como una justificación de su acto. A veces, se presenta como un defensor de los derechos del deseo contra los que lo censuran y los que son puritanos.

Extracto y Fuente: Artículo aparecido en el diario francés Le Monde escrito por Serge Tisseron. 3 de febrero de 2020.

María Elena Gayan

